

No

Kevin Abdala



Image not found.

Capítulo 1

No

Kevin Abdala

I

Desde que estabas sentada en tu cama, a varios kilómetros de distancia de aquí supiste que lo que estabas haciendo estaba mal. Es decir, ¿quién desaparece de la vida de una persona por 2 años y espera ser bien recibida, a pesar de eso? Lo cual solo se agrava con el hecho de que esa persona sea tu ex y que de hecho no lo hayas vuelto a ver desde un terrible pleito.

Aún puedes recordar ese día, puedes recordar que llovía, puedes recordar lo que te dijo, pero por sobre todo puedes recodar lo que dijiste antes de que le tiraras la puerta en la cara por última vez.

Sin embargo, estas aquí. A la derecha de un pequeño balcón con vista a la ciudad. Frente a la puerta de madera tallada. En el segundo piso de un departamento que a diferencia de hace dos años tiene toda la pinta de estar abandonado. La puerta principal no cerraba bien, la puerta de la dueña (¿Seguirá igual de irritable?) Estaba cerrada con una infinidad de candados. Y esta, esta empolvada puerta que ha perdido todo el brillo de sus mejores épocas, parece no haber sido abierta en años.

Pero, si no está aquí. ¿Dónde? Él nunca fue alguien que saliera a menudo, mucho menos alguien que quisiera mudarse. No, tiene que estar aquí y a pesar de que estás tan segura de eso, no intentas ni por un momento tocar la puerta.

Y ¿cuánto llevas aquí? De todos modos, puede que si haya salido, aunque sea domingo y no trabaje. Tomas un respiro. El aire es pesado, fruto de la humedad de la ciudad y sientes con claridad esa humedad entrando a tus pulmones. Hay un florero al lado, sin embargo sería de mala educación levantarlo, si quiera verlo, si quiera suponer que debas hacerlo. Sin embargo, lo levantas.

La llave en su interior ha resistido por completo el paso del tiempo. Sientes el metal frío en tus manos y aun así, tan cerca de saber qué hay del otro lado. No te mueves. De repente, te das cuenta que te tiemblan las rodillas. Tu rostro se ruboriza y sientes un leve hormigueo en las mejillas. Luego, un grito agudo, te paraliza, te estremece, por un brevísimo instante sientes que algo va mal, pero luego que te das cuenta

que son niños jugando en la vereda.

No es cortés entrar intempestivamente, tampoco quieres tocar la puerta, quieres entrar, como en antaño, de la manera en que te plazca. Sin embargo recuerdas todo el tiempo que ha pasado y sabes que lo mejor es tocar. Aun así, metes la llave y abres la puerta.

Capítulo 2

II

La puerta rechina mientras la mueves poco a poco. Pronto sientes el impacto del tiempo en tu nariz, un olor a viejo, humedad y nostalgia. La habitación esta igual que la última vez que la viste. Los sofás rústicos de madera, la mesa de centro de pino, el estéreo, el comedor, los retratos. Todo estaría perfectamente igual, si no fuera por la gruesa capa de polvo que todo lo cubre. Las fotografías ahora están opacas, pero tu aún puedes recordar los paisajes y los rostros que contenían sin siquiera esforzarte.

El ambiente está cargado de emociones. Tú estás cargada de sentimientos que ya habías olvidado, mientras exploras con la mirada cada recoveco de la habitación. Sientes que ves una imagen tan surrealista del pasado y al mismo tiempo...tan nítida. Esta paradoja solo se hace más fuerte cuando posas los ojos sobre el sofá...y lo sientes.

Sientes sus brazos entorno a tu cuello, sientes sus labios recorriendo tu piel, sientes los cosquilleos, la energía, la pasión, los temblores, los murmullos, los susurros de amor. De repente se te eriza la piel, pero no dejas recordar aquellos momentos tan placenteros, tan dichosos, tan lejanos.

Te sientas en el sofá, vuelves a experimentar todas esas gratificantes emociones, pero en un momento recuerdas por qué estás aquí. ¿Dónde está? ¿No te ha oído entrar? Ahora sabes que sus cosas siguen aquí...aunque todo se encuentra tan descuidado que no puedes asegurarlo.

Te levantas mientras te preguntas dónde podrá estar y cómo es que acabó esta habitación en tan precaria situación. Pero no puedes evitarlo, cada rincón alberga un recuerdo, una conversación, un beso, un sollozo, una caricia, palabras de aliento, sexo, frustraciones.

Decides explorar la habitación y te levantas, desperezándote, de repente te corre una sensación inespecífica. Sientes miedo. Pronto te das cuenta de qué es lo que podría estar pasando aquí. No estas segura, pero comienzas a temer lo peor, sin saber exactamente qué es lo peor...o sin querer imaginarlo.

Empujas la puerta de la habitación de él, al final del comedor, una puerta de madera, las bisagras rechinan, mueves poco a poco la puerta hacia delante. De repente algo ligero, delgado y áspero roza tu rostro, te estremeces, sueltas un grito con los ojos cerrados y en un movimiento del brazo de arriba hacia abajo para quitar lo que sea que te ha sorprendido.

Tu mano se sujeta a algo...es una cuerda.

Capítulo 3

III

Entonces es cierto... - la voz estremece tu aún atónita alma. Volteas para saber quién era la dueña de tan infantil voz y descubres que efectivamente se trataba de una niña. Ojos grandes, cabello largo, muy pequeña.

Sin embargo, tienes la mente desconectada aún, no sabes qué ha pasado, no sabes cómo significar aquella imagen. Esa cuerda con nudo de ahorcado.

No deberías estar aquí... - insiste aquella niña que se sujeta al marco de la puerta del departamento con las dos manos, dejando solo ver la mitad de su pequeño cuerpo. No sabes que responder, de repente te das cuenta que aún tienes la cuerda en la mano y te apartas de golpe de ella.

No...no iba a hacer – te excusas. Sin saber por qué. Claro jamás pensaste en la idea de suicidarte, pero temes que ella lo interprete así, sin embargo pronto te das cuenta que no...que quizá ella sabe más que tú. Pero antes de que puedas agregar algo más ella dice:

La bruja puede venir a por ti, puede hacer que hagas lo mismo que hizo él – menciona con naturalidad, pero es demasiada información para ti. En unos instantes, abandonaste el falso paraíso de recuerdos para caer de lleno en una incomprensible realidad.

Pero, exactamente ¿En qué momento se hizo incomprensible? ¿Cuándo notaste las capas de polvo en la habitación cubriendo todo? ¿Cuándo descubriste aquella cuerda? Necesitas despejar tu mente, no obstante respiras profundamente, tu corazón está acelerado. Decides tranquilizarte, respiras hondo, una y otra y otra vez.

Mientras la niña sigue mirándote con ojos de preocupación, (¿Será ella la que grito hace un rato?) Te alejas de la puerta, mientras sientes la presencia de esa cuerda a tu espalda, evitas las ganas de salir corriendo y finalmente te acercas a la niña.

¿Cuál es tu nombre? – preguntas, de manera automática.

Betsabel. ¿y tú?

Mi nombre es... - antes que puedas terminar, alguien grita el nombre de la niña en la calle, Betsabel empieza a bajar las escaleras corriendo. Te resignas a dejarla ir y algo comienza a subirte por la garganta, un nudo;

luego, una lágrima.

Capítulo 4

IV

La puerta está cerrada. Tu estas ahora sentada con la espalda contra ella, en el suelo. No quieres volver a entrar. Has estado llorando un buen rato. Estás donde todo empezó a volverse surrealista. Evocas cada momento desde que entraste, tratas de ordenar tus pensamientos, pero en un instante solo continúas llorando. Nadie pasa cerca de ti, el edificio está como te temías, abandonado.

Comienzas a sentir frío, tu cuerpo se hace pesado, te sientes indefensa, dolida, impotente. Decides por fin enfrentar la verdad. Él murió. Se suicidó. Enfrentarlo, solo te hace sentir peor. Pero algo dentro de ti, se obstina. ¿Se suicidó realmente? ¿Quizá solo fue un intento de? ¿Quizá está bien, en un hospital, en casa de un amigo, de un familiar? La esperanza vuelve a poner tu mente en marcha, te levantas, y piensas.

En ese momento recuerdas, Betsabel mencionó a una bruja, ¿se habrá referido a la dueña de la casa, la señora Rosa? Lo único que recuerdas de ella, es que era una insoportable. Quizá por eso la llamo bruja. Entonces ella aún vive aquí, debe saber algo de él, piensas. Pero te decides, limpias tus últimas lágrimas y bajas a su departamento en el primer piso.

Capítulo 5

V

Después de tocar, primero suave, luego ir aumentando la intensidad hasta llegar a la tosquedad, la señora Rosa se decide a responder, puedes reconocer su áspera voz cuando pregunta:

¿Quién está ahí, qué quiere? – del otro lado de la puerta, se escucha como si estuviera gritando. De repente, abre la puerta y te mira a los ojos. En ese segundo, su expresión amarga cambia a la sorpresa, y te das cuenta que te ha reconocido. Baja la mirada y te invita a pasar.

Buenas tardes, señora Rosa. – saludas sin muchas ganas, no sabes cómo entrar al tema, sin embargo deseas hacerlo lo más pronto posible.

Hija. Supongo que ya has estado arriba. – directa, hiriente, aunque tal vez sin darse cuenta. Sus palabras calan en tu interior. Se sienta en su sofá cerca de la entrada y me mira con desdén – Lamento tu pérdida. Claro que ahora ya nadie quiere vivir ahí, ni en ningún otro departamento, ni siquiera han sacado sus cosas. – realmente es una bruja, haces oídos sordos, no quieres que te vea llorar, pero nada contiene la impotencia en tu interior, ni el odio profundo que empiezas a tenerle.

Ella continúa – pensé que te había dejado, luego de que llegó esa otra mujer, aunque trató de, ya sabes, animarlo, supongo que no funcionó.

¿Otra mujer? – preguntas, tu mente se vuelve a nublar, vuelves a sentir que pasa por ti demasiada información.

¿Sara? ¿Clara? Bueno, igual la otra quedó tan trastornada que lo último que supe es que se la llevaron al Larco Herrera. ¿Puedes creerlo? – habla con tanta naturalidad, como si de un chisme se tratará. No puedes aguantar más, simplemente sales por donde entraste, casi corriendo.

Después de todo, ya sabes a quien se refiere. Sara, su amiga de la universidad. Tiene que ser ella. Siempre se pegó demasiado a él. Ahora no puedes descansar, es medio día, el sol está fuerte y decides averiguar si es cierto. Vas al hospital Larco Herrera.

Capítulo 6

VI

El jardín, al menos, está en mejor estado que la mayoría de la infraestructura del hospital. Por dentro más parece una ciudad universitaria – con los pabellones de acabado colonial –que un hospital, excepto por todos los pacientes que merodean por los jardines y las tiendas. La enfermera te dijo que la traería en cuestión de minutos, pero la espera se te hace eterna.

Estas sentada en una banca de madera, a la sombra de un par de árboles. Al frente, una madre llora junto con su hija adolescente, la cual la observa atónita, como si no supiera que está pasando, como si mirará a una extraña. La imagen de ambas, te hace sentir extrañada, confusa.

El llegar ahí se te hizo una travesía casi imposible, entre tomar varios carros, a la avenida Brasil y luego abordar el gran carro morado que te llevó al hospital. En todo ese tiempo no te abandonó ni por un momento el cúmulo de recuerdos sobre el día de hoy. Desde que, en tu casa, pensaste que serías capaz de volver a abrir aquella puerta que cerraste (en un día de lluvia, con todo el dolor y el rencor en tu corazón), para luego dar una traumática visita a su departamento, atemorizar a una muchachita, enojarte con una anciana y ahora aquí, esperando encontrar respuestas a preguntas que sabes, no tiene sentido hacer.

Ves dos personas venir hacia ti, a lo lejos notas a la enfermera que te atendió, una joven de sonrisa fácil, quien se animó mucho cuando le preguntaste por Sara, al parecer, nadie viene a visitarla en mucho tiempo. Ella también viene, Sara, puedes ver como su mirada se encuentra plantada en el vacío pero camina a paso firme. Desde siempre fue una persona inestable, siempre lloraba con facilidad, y casi nunca sonreía de no ser por las bromas que él le hacía. En algún momento, la odiaste, ahora solo puedes sentir pena y hasta culpa por haberlo hecho.

La enfermera la sienta a tu lado y ella sigue con la mirada clavada hacia el frente, no se inmuta ante tu presencia. La enfermera sonríe, les mira y dice – bueno, las dejo solas para que puedan conversar, si necesitan algo me dicen. – se va a paso firme, volviendo a entrar al pabellón.

Hola Sara. – tal como la última vez, no sabes cómo entrar al tema. Ella no parece hacerte mucho caso, pero su mandíbula y sus labios comienzan a temblar cuando escucha tu voz.

¿Qué...ha-ce-s...a-quí? – la manera en que se le quiebra la voz, te hace un nudo en la garganta, en tu pecho, en tu corazón. De repente, te

preguntas si fue egoísta venir.

Hoy, fui a la casa de... - tratas de explicar.

Si, lo sé – te interrumpe, de repente su voz ya no se quiebra, pero habla muy lentamente, pronunciando palabra por palabra, lenta y dolorosamente. – sino ¿No estarías aquí verdad? El idiota del doctor dice que estoy mal de la cabeza, pero no sabe que fui a la universidad, que soy inteligente, él siempre me decía lo brillante que era. – sabes de inmediato a quien se refiere. ¿A quién más, si no?

No te voy a mentir, apenas te fuiste, me acerque a él, traté de ayudarlo, traté de calmarlo, traté de hacer que te olvide. ¿Qué querías que haga? ¿Acaso no merecía a alguien que lo amará de verdad, que no se fuera cuando las cosas van mal? – sus palabras te hieren, te lastiman, pero te haces fuerte y no retiras la mirada, sigues escuchando sus palabras. – él nunca te olvido, por más que lo intentará.

A continuación, te cuenta mil y un anécdotas que no puedes digerir, es como si te contara en realidad un cuento, una película, no podría estar hablando realmente de él, él no era así. Te cuenta como trato de llevarlo al cine, de invitarle a comer, como se quedó con el todos los fines de semana, como se esforzó por hacerle sonreír. Cada cierto tiempo, se le quiebra, la voz, llora, se limpia, sigue hablando; tartamudeando a veces; sollozando, otras.

Todas sus historias terminan igual, él con la mirada en el piso, sin querer apenas hablar. Cuando se quedaba a dormir con él, lo abrazaba, pero él solo lloraba. Te sientes impotente, todo esto es tú culpa, lo sabes, ella no lo ha dicho, pero también te culpa.

No entiendes como es que esto pasó, como es que alguien con su fuerza y resiliencia acabe de repente tan acabado, con el alma tan derruida. Al final, ella suelta un suspiro, se ha tranquilizado bastante, hasta sientes que se ha rejuvenecido en un instante. Pero lo que parece bueno para ella, es malo para ti. Te sientes contaminada, sucia.

De repente, te toma de la mano y te dice:

No es tu culpa, vamos, creo que ahora hasta te puedo comprender. – te das cuenta que estas llorando ¿habrá notado ella, antes que tú, tus lagrimas? – ¿No sabías que esto pasaría verdad? Yo tampoco lo sabía. Quizá lo forcé demasiado a amarme, cuando solo te amaba a ti.

En un momento, la enfermera regresa, está triste, no crees que las haya espiado. Les dice que el tiempo ha terminado, que Sara necesita tomar su

medicamento. En ese instante, ella te abraza.

Gracias, hace mucho...que había olvidado, lo que es hablar con alguien. –
aunque tu casi ni hablaste.

Capítulo 7

VII

El atardecer llega a tus mejillas. Puedes sentir los últimos rayos de sol en tu rostro, con esa calidez tenue que los caracteriza. Sientes un hormigueo en las mejillas. Tus piernas tiemblan levemente. Estás de nuevo, frente a la puerta de madera tallada.

Respiras profundamente. Tienes de nuevo, la llave en la mano. Solo que ahora lo único que sientes es pena y dolor. Nada de esa amalgama de entusiasmo y ansiedad que tuviste en la mañana queda.

A pesar de lo que Sara dijo al final, solo te sientes culpable. Destruiste vidas. Todo ¿Por qué? ¿Por qué no podías evitar sentir celos de una muchachita inestable? Todos esos pesares ahora son tan lejanos. Sí, ahora lo recuerdas bien, no lo bloqueas de tu mente como antes. Terminaste con él, por ella, por Sara. Tu egoísmo acabó con sus vidas.

Entras, y de nuevo los recuerdos. Las caricias, las bromas, los juegos. Caminas lentamente por la sala, cierras la puerta detrás de ti. Mientras das un paso tras otro, con tus temblorosas piernas, los fantasmas del pasado se ciernen ante ti. Y delante de ti, lo puedes ver. El nudo movido tenuemente por alguna corriente de aire. Ya no lo temes.

Jalas un banco que estaba en el suelo cerca de la cuerda y lo pones debajo de ella. Ya no soportas a los fantasmas, ni a la culpa, ni al dolor. Como si algo hubiera tenido sentido antes de hoy, como si algo tendrá sentido después de hoy. No solo fastidiaste la vida de ellos dos, sino también la tuya.

Te subes al banco, pones la cuerda en su lugar. Sientes el abrazo de la cuerda alrededor de ti, algo en tu interior ha tomado ya una decisión, tampoco crees tener la fortaleza suficiente para considerar la otra opción. Quieres volver a verlo, eso sí. Pero ya nunca más lo volverás a ver. Lo sabes. De repente, las piernas te tiemblan más, las lágrimas salen a borbotones, suspiras, gimes, lloras. Golpeas con las piernas el banco una, otra y otra vez; este se cae, sientes como se te cierra el cuello, sientes como te retumba el corazón y de repente, sientes tu cuerpo contra el suelo, la cuerda se rompió.

Miras hacia arriba, lo que se rompió fue el marco de la puerta, no resistió tu peso. Vuelves otra vez a levantar la vista, esta vez respirando ampliamente, con el rostro lleno de lágrimas, moco, sudor. De repente, ríes. Ríes histéricamente. Y preguntas: ¿No me ibas a dejar ir tan fácil verdad? Y entonces yo te respondo: No.